

XIII

La traidora Sonitchka

DESPUÉS de comer, empezamos toda clase de pequeños juegos y divertimientos, en los cuales tomé una parte muy activa. Jugando al «gato y las ratas» vine á dar en mal hora contra el aya de las Kornakov que jugaba también con nosotros y pisándole con el talón el vestido se lo rasgué de arriba abajo. Al ver entonces que á todas las niñas y especialmente á Sonitchka les había causado inmensa alegría el percance y que se reían con verdadero gusto al ver el aire desolado con que la pobre mujer se fué corriendo al cuarto de las criadas para componerse lo mejor que pudiese la rasgada falda, decidí en mi fuero interno proporcionarles por segunda vez el mismo extraordinario placer. Y así, apenas hubo el aya vuelto al salón, de nuevo empecé á galopar entorno de ella, y continué mis mal intencionadas evoluciones hasta el momento favorable de coger otra vez con mi talón sus faldas y rasgárselas de nuevo. Sonitchka y las princesas podían apenas tenerse la risa, lo cual halagaba en grande mi amor propio. Pero Saint-Jerôme, que había ya averiguado indudablemente todas mis maldades, se me acercó y frunciendo las cejas—cosa que yo no podía sufrir—me dijo que le parecía que estaba yo muy alegre, pero que no era con seguridad para nada bueno, y que si no trataba de reportarme un poco me haría arrepentir por ello, aún siendo día de fiesta.

Peró yo me sentía en el estado de enervamiento propio de un hombre que ha perdido más de lo que lleva en el bolsillo y que, con gran miedo de pasar cuentas, continúa tirando de las cartas sin esperanza ninguna de hacer paces, tan sólo para no darse ni el tiempo de reflexionar.

Me sonreí insolentemente y me alejé.

Después de «el gato y los ratones» no sé quien organizó un juego de cuyo nombre no tengo ya memoria; consistía en poner dos hileras de sillas, una enfrente de la otra, se dividían en dos grupos niños y niñas y cada cual iba eligiendo por turno su pareja. La más joven de las princesas escogía todas las veces al más joven de los Ivine; Katenka tomaba á Volodia ó á Ilinka, y Sonitchka elegía siempre á Serioja, y con gran sorpresa mía no mostraba la niña el menor indicio de rubor, cuando venía Serioja rectamente hacia ella y se sentaba á su lado; al revés, ella se reía entonces con su gran risa sonora y le hacía con la cabeza signos que él sin duda comprendía bien.

En cuanto á mí, no tenía quien me eligiese. Sintiéndome profundamente herido en mi amor propio, comprendí que estaba de más, que era *un sobrante*, pues al preguntar, cada vez que se acababa el juego: «Quién queda todavía?» alguien contestaba invariablemente: «Queda Nikolenka; tómale tú». He aquí porque cada vez que me tocaba á mí salir, me iba yo directamente ó hacia mi hermana ó hacia alguna de las más feas princesas, y desdichadamente para mí no me engañaba nunca. Parecía Sonitchka tan ocupada en hacerse signos con Serguei Ivine que no reparaba siquiera en mi presencia. Entonces la llamé mentalmente *traidora*, no sé todavía por qué, pues nunca me había prometido nada, y menos que me eligiría á mí en vez de Serioja... No obstante, estaba yo firmemente convencido de que obraba conmigo de la manera más vergonzosa.

Terminado el juego, observé que la *traidora*, á quien yo despreciaba ya, pero de la cual no acertaba á separar mis ojos, se alejaba hacia un rincón de la sala con Serioja y con Katenka,



discutiendo misteriosamente algo entre ellos. Yo procuré deslizarme sin que me viesen tras el piano, para sorprender su gran secreto. He aquí lo que ví entonces: Katenka sostenía por las dos puntas un pañuelo de batista y á guisa de *paravent* cubría las cabezas de Serioja y de Sonitchka: «No, no; habéis perdido y es necesario que paguéis!» decía Serioja, mientras Sonitchka se mantenía ante él en actitud de un gran culpable, con las manos caídas y rojas como la cereza las mejillas, diciendo: «No es verdad, no he perdido; que lo diga Katenka!» Y Katenka dijo: «Yo amo la verdad; vos habéis perdido, querida!»

Apenas hubo Katenka pronunciado estas palabras que Serioja se inclinó un poco y besó á Sonitchka... así, como lo digo: la besó en sus pequeñísimos labios rojos, y Sonitchka se reía como si no fuese nada aquello, como si fuese una cosa muy natural y muy alegre!... Ah! la gran traidora!



XIV

Mi gran extravío

EN aquel mismo punto sentí un gran desprecio por todo el sexo femenino en general, y en particular por la traidora Sonitchka, y empecé á esforzarme para persuadirme á mí mismo de que no había nada alegre ni hermoso en sus ojos, ni en su boca, ni en sus cabellos; y me entraron ganas entonces de hacer algo que fuese sonado, atrevido, que sorprendiese á todo el mundo. Poco tardó la ocasión en presentarse.

Saint-Jerôme, después de haber estado un rato hablando con Mimi, salió de la estancia; el rumor de sus pasos se escuchó primero en la escalera, después en el piso de arriba, en la dirección de la clase. Se me ocurrió entonces que Mimi le habría contado lo de haberme visto en el descansillo de la escalera, tras la puerta, y que subía arriba para examinar el cuaderno de las notas. En aquel momento me pareció que Saint-Jerôme no tenía más objeto en su existencia que el deseo de castigarme y de perderme.

He leído, no sé dónde, que los niños de doce á catorce años, esto es, en la edad pasajera de la adolescencia, se hallan inclinados al incendio y aún al asesinato. Al recordar ahora mi adolescencia, y sobre todo el estado de espíritu en que me hallaba aquel día tan nefasto para mí, comprendo muy bien la posibilidad del crimen más horrendo cometido sin objeto ninguno y aún sin el deseo de

causar daño, sólo por simple curiosidad, nada más, por la ineludible é inconsciente necesidad de la acción. En ciertos momentos se le presenta al hombre su porvenir bajo un aspecto tan sombrío que llega á temer, si detiene en él sus pensamientos, que cese de pronto la actividad de su espíritu, necesitando convencerse á sí mismo de que existe realmente un pasado y de que ha de haber un porvenir. En estos instantes, en que el pensamiento no discute por adelantado cada uno de los impulsos de la voluntad, y en que, como único resorte de la vida, gobiernan los instintos de la carne, comprendo muy bien que el niño, inclinado naturalmente por su propia inexperiencia á un semejante estado de espíritu, sin vacilación ninguna y sin miedo, con la sonrisa en los labios, por simple curiosidad, pegue fuego en su propia casa, aunque estén en ella durmiendo su padre, su madre y sus hermanos, á los cuales ame tiernamente. Bajo la influencia de esa misma ausencia temporal del pensamiento—casi por pura distracción—al joven campesino de diecisiete años, al contemplar el hermoso filo de un hacha, recientemente afilada, cerca del banco en que se hallaba durmiendo su padre, le entran ganas de probar su fuerza, levanta al aire el hacha y con honda curiosidad, tal vez *fuera de sí mismo*, la deja caer con brusco movimiento y se queda mirando, con espantosa estupidez, cómo va cayendo bajo el banco la sangre de su propio padre.

Bajo el poder de esta misma ausencia del pensamiento y movido por una curiosidad instintiva, halla el hombre un placer inmenso en pararse al borde del abismo, pensando: «Si me echase abajo, qué sucedería?» Otras veces halla gusto en apoyarse en la sien una pistola, diciendo: «Si bajase ahora el gatillo?» O bien siente el impulso instintivo de coger por la nariz á un personaje importante, á quien todos dan testimonio de gran acatamiento, y decirle: «Qué tal, amigo, cómo vamos?»

Bajo la influencia de esa especie de emoción interior, producida por la ausencia de toda reflexión, cuando Saint-Jerôme entró otra vez en la sala, y me dijo que no tenía el derecho de estar en compañía de los demás niños, pues me había conducido muy mal y había estudiado peor, ordenándome que me subiese arriba inmediatamente, le hice grandes muecas con la lengua y le dije que no me daba la gana de moverme.

En los primeros momentos, la sorpresa y el furor le impidieron á Saint-Jerôme pronunciar una sola palabra.

—Muy bien!—dijo al fin, cogiéndome bruscamente—os he prometido ya muchas veces un castigo, del que vuestra abuela hasta

hoy ha logrado libraros; mas ahora estoy convencido ya de que, sin disciplinas, no será posible haceros obedecer lo más mínimo, y hoy os las habéis ganado bien.

Pronunció estas palabras en voz tan alta que todos le oyeron. Entonces, con una fuerza extraordinaria, me refluyó toda la sangre al corazón, que se puso á latir desaforadamente, y sentí cómo mi rostro cambiaba de color y cómo mis labios temblaban.

Sin duda estaba horroroso en aquel punto, pues Saint-Jerôme, tratando de evitar mis miradas, se me acercó rápidamente y me cogió una mano; pero en el momento de sentir el contacto de su piel en la mía, perdiendo toda conciencia de la realidad y olvidándome de todo, con furor arranqué de entre las suyas mi mano y con toda mi fuerza de niño le dí un gran golpe.

—Qué te pasa?—exclamó Volodia acercándoseme, lleno de horror y de extrañeza por lo que yo acababa de hacer.

—Déjame!...—le grité á través de mis sollozos;—ninguno de vosotros me quiere, y no sabéis comprender cuán infeliz me hace esto! Sois todos igualmente perversos y odiosos!—grité exaltado, delirante, y, sin dirigirme á ninguno, dirigiéndome á todos.

Pero en aquel punto Saint-Jerôme, pálido el rostro y lleno de enérgica resolución, se me acercó otra vez, y sin que tuviese yo tiempo para prepararme á la defensa, con brusco movimiento me cogió cómo con tenazas las dos manos y me arrastró fuera de la estancia. Perdí casi de vista el mundo... y no recuerdo más sino que con la cabeza y con las piernas traté de desasirme luchando con verdadera desesperación, mientras me sentí con un poco de fuerza. Recuerdo tan sólo que mi nariz chocaba á veces con las piernas del profesor, que se me metía en la boca un trozo de su vestido, que entorno mío, por todos lados, sentía el perfume de violetas que usaba siempre Saint-Jerôme... Cinco minutos después,



cerróse con estrépito detrás de mí la puerta del cuarto oscuro, mientras con voz que me pareció á mí de triunfo y extraordinariamente odiable, gritaba el vil preceptor:
Vasili!... tráeme las disciplinas!



XV

Mis ensueños

PODÍA yo creer en aquellos momentos que proseguiría el curso de mi existencia, después de tan grandes desdichas, y que vendría un tiempo en que recordaría todo aquello con tranquilidad de espíritu?

Pensando en lo que había hecho, no acertaba á adivinar lo que sin duda me iba á suceder; pero sí tenía un presentimiento vago de que podía darme por enteramente perdido.

Al principio, reinó entorno mío el más absoluto silencio, ó al menos así me lo pareció á mí, debido sin duda á mi fuerte emoción interior. Pero poco á poco empecé á distinguir diferentes sonidos... Subió Vasili y arrojando en el rincón de la ventana un objeto que me pareció ser una escoba, se estiró bostezando en un banco. De abajo subía la voz estridente del preceptor—hablando sin duda de mí;—luego rumor de voces infantiles, grandes risas... Pero al cabo de algunos minutos reinaba ya en la casa el movimiento habitual, lo mismo que si nadie pensase ni supiese tan sólo que yo estaba encerrado en el cuarto oscuro.

Yo no lloraba, pero algo pesaba como losa de plomo sobre mi corazón. Los pensamientos y las imágenes que ellos evocaban pasaban por mi imaginación turbada con una rapidez siempre creciente. Mas el recuerdo de mi desdicha interrumpía sin cesar su encadenamiento caprichoso, y de nuevo venía á caer en un labe-

rinto sin salida, entre la incertidumbre de la suerte que me estaba reservada y mi desesperación y mis miedos.

A veces pensaba que había de existir realmente alguna causa que explicase esta aversión general y aun este odio que me tenían



todos... pues en ese momento yo creía que todos, desde mi abuela hasta el cochero Felipe, me aborrecían y hallaban placer en mis sufrimientos. «Probablemente, ni soy siquiera el hijo de mi madre y de mi padre, ni tampoco el hermano de Volodia; sino un infeliz huérfano, una criatura hallada en mitad del camino y que recogieron por pura lástima...» Esto iba yo pensando, y esta idea absurda fué no solamente un gran consuelo para mí, si bien triste, sino que llegué á considerarla como perfectamente verosímil. Hallaba cierto placer en sentirme desgraciado no por haber sido culpable, sino porque tal había de ser mi suerte desde que nací, pareciéndome que de este modo me hacía semejante al infeliz de Karl Ivanovitch. «Pero, por qué tenerme tanto tiempo ignorante de un secreto que al fin yo mismo he llegado á descubrir?» pensaba. Y siguiendo en mis reflexiones, yo me decía: «Mañana mismo me iré al despacho de papá, y le diré: Papá, en vano me has tenido igno-

rante del secreto de mi nacimiento; lo sé ya todo». Y él dirá entonces: «Qué le haremos, amigo mío? Tarde ó temprano lo habías de saber: tú no eres hijo mío; pero te adopté y si tú te haces digno de mi amor yo no te abandonaré jamás». Yo le diré: «Papá, aunque no tengo el derecho de darte este nombre, que pronuncio ahora por la última vez, yo te amo y te amaré toda la vida. No olvidaré jamás que tú has sido mi bienhechor, pero no puedo permanecer en tu casa. Aquí nadie me quiere, y Saint-Jerôme ha jurado perderme. Él ó yo hemos de salir de aquí, pues no respondo de mis actos si vuelve á mi presencia. Aborrezco á ese hombre hasta un punto tal que estoy dispuesto á todo... aún á matarle». Y diré también: «Papá, yo mataré á ese hombre». Papá entonces me hará mil reflexiones, me suplicará, pero yo haré un gran gesto con la mano y le diré: «Amigo mío, mi amado bienhechor, no podemos él y yo vivir juntos, déjame». Entonces le besaré la mano y le diré, en francés, no sé por qué: «Oh, padre mío; oh mi querido bienhechor! Dame por la última vez tu bendición, y sea hecha la voluntad de Dios!» Y medio echado sobre el cofre, en el cuarto oscuro, me puse á llorar desesperadamente. De pronto recordé el castigo ignominioso que me aguardaba, y se me presentó de nuevo la realidad en su verdadero aspecto, y momentáneamente se desvanecieron mis ensueños.

Otras veces me imaginé estar ya libre, fuera de nuestra casa... Entro á servir en los húsares, y voy á la guerra. De todos lados se me echan encima gran número de enemigos, yo levanto al aire mi sable y mato á uno de ellos, luego á otro, y á otro, hasta que extenuado por la fatiga y por las heridas que había recibido caigo al suelo, gritando: «Victoria!» El general viene hacia mí y pregunta: «¿Dónde está nuestro salvador?» Al verme me abraza y con lágrimas de alegría grita también: «Victoria!» Curo de mis heridas y todavía con el brazo en cabestrillo me paseo por la gran avenida de Tverskoie. Ya soy general! He aquí que un día me ve el Emperador y pregunta: «¿Quién es ese joven herido?» Los suyos le contestan: «Es un héroe célebre: Nikolenka». El Emperador se llega hasta mí y dice: «Te doy las gracias, y haré todo lo que tú quieras». Saludo al Zar respetuosamente y apoyado en el sable digo: «Soy dichoso, oh mi Emperador, con poder verter mi sangre toda por la patria, y aún quisiera morir por ella. Pero, pues me haces la gracia de permitirme que te pida algo, te pido lo siguiente: que me dejes destruir á mi mayor enemigo, un extranjero llamado Saint-Jerôme, quiero destruir á mi enemigo Saint-Jerôme!»—Me presento severamente ante Saint-Jerôme y le digo: «Tú has sido

la causa de mi infortunio, de rodillas!...» Pero de pronto se me ocurre la idea de que el verdadero Saint-Jerôme puede entrar de un momento á otro con las disciplinas en la mano, y de nuevo me veo, no el general que salva á su patria, sino la más miserable y la más humillada de las criaturas.

A veces pienso en Dios y le pregunto atrevidamente por qué me castiga: «Paréceme que no me he olvidado de hacer ni un solo día mis plegarias de la mañana y de la noche; por qué, pues, me haces sufrir tanto?» Puedo decir con toda verdad que el primer paso hacia la duda religiosa que me turbó durante toda mi adolescencia, fué dado en aquel momento, no porque la desdicha me inclinase á la murmuración y á la incredulidad, sino porque la idea de la injusticia de la Providencia, que me vino en un instante de turbación moral absoluta y en el aislamiento de todo un día, fué cómo la mala semilla que al caer en la tierra húmeda, después de la lluvia, germina rápidamente y ahonda mucho más sus raíces. A veces, imaginábame que iba á morir y me representaba al vivo la sorpresa de Saint-Jerôme cuando, al entrar en el cuarto oscuro, hallaría en mi lugar un verdadero cadáver. Recordando lo que me había dicho Natalia Savichna: que el alma del difunto no abandona la casa hasta cuarenta días después de la muerte, ya me veía yo volando invisiblemente por todas las salas y habitaciones de la casa, y oía el llorar sincero de Lubotchka, y las lamentaciones de mi abuela y la conversación de papá con Saint-Jerôme.—«Era un buen muchacho», dice papá con las lágrimas en los ojos.—«Sí, respondé Saint-Jerôme, pero un gran holgazán también».—«Deberais respetar á los muertos, replica papá, pues sois vos el motivo de su desgracia: le habéis causado un inmenso horror, y no pudo soportar la humillación que le preparabais. Salid, miserable!»

Y Saint-Jerôme cae entonces de rodillas, llora, y pide perdón. Cuarenta días después mi alma volará al cielo... ya veo allá lejos, muy lejos, cómo un foco de luz admirablemente hermosa, blanca, transparente, y comprendo que *aquello* es mi madre. Y la blanca claridad me rodea, me acaricia, pero yo estoy inquieto, no acabo de reconocerla. «Si eres de veras mi madre, digo yo entonces, muéstrate de modo que te pueda reconocer y te pueda besar». Su voz me contesta: «Aquí no somos lo mismo que allá; no puedo besarte mejor... No te satisface?»—«No me satisface, aunque siento en mí un gran bienestar; pero eecho de menos que tú no puedas hacerme cosquillas como antes y que yo no pueda besar tus manos...»—«Nada de esto es necesario aquí, y aún sin esto, mira cuán dichosos somos!» dice la voz, y en efecto me siento en-

tonces como mecido en una felicidad infinita, y juntos vamos los dos volando cada vez más arriba, más arriba... En aquel punto vuelvo súbitamente á la realidad y véome de nuevo sentado sobre el cofre, en el cuarto oscuro, con las mejillas humedecidas por las lágrimas y repitiendo estas palabras, que ya no tienen para mí ningún sentido: *y juntos vamos los dos volando cada vez más arriba, más arriba...*

Hago los mayores esfuerzos para explicarme mi verdadera actual situación, pero siento débil la inteligencia y tan sólo la imaginación me representa allá lejos un sombrío é impenetrable porvenir. Intento volver otra vez á los dulces y consoladores sueños que la realidad ha interrumpido; pero observo, con gran extrañeza mía, que, apenas hallado el hilo de mis pasadas fantasías, me es imposible proseguirlas, y, cosa más extraña aun, que ya no me causan placer ninguno.

